INTERVENCIÓN DEL MARXISMO INTERNACIONAL EN LA GUERRA DE ESPAÑA

TESTIMONIO DE COMBATIENTES ROJOS

Fullets DF 2749

INTERVENCIÓN DEL MARXISMO INTERNACIONAL EN LA GUERRA DE ESPAÑA

TESTIMONIO DE
COMBATIENTES ROJOS

INTERVENCIÓN DEL MARXISMO INTERNACIONAL EN LA GUERRA DE ESPAÑA

EDITADO POR LA DELEGACIÓN NACIONAL DE PRENSA Y PROPAGANDA
DE F. E. T. Y DE LAS J. O. N-S. RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS

Para nadie era un secreto que, dentro de los planes expansivos del comunismo, España estaba llamada a desempeñar el papel de un extremo de la tenaza destinada a triturar los regímenes democráticos y fascistas de Europa. No es necesario presentar pruebas de la paciente y eficaz labor política desarrollada por Moscú en nuestra patria. En realidad, el alzamiento del 18 de julio fué un enérgico ¡basta! a esa penetración que amenazaba disgregar la esencia misma de España. La reacción del Pueblo

Español fué contestada con la llegada de las primeras brigadas internacionales al frente de Madrid. Moscú lanzaba el reto: fué aceptado, y la guerra entró en una nueva y decisiva etapa de insospechada envergadura.

Cierto es que el Gobierno de Barcelona no ha negado la ayuda prestada por el marxismo internacional. Pero lo ha ocultado, ha disminuído cuidadosamente su cuantía, su volumen. Las fuerzas del marxismo internacional constituyen en España el nervio vital, la base de toda la resistencia roja a la acción victoriosa de Franco. Las pruebas abundan. Nosotros nos limitaremos a dejar que hablen los mismos protagonistas de la lucha que llegaron a nuestro suelo: pocos, arrastrados por un ideal; muchos, atraídos por la aventura, y los más, tras del señuelo de un cuantioso botín. El desengaño ha corrido parejas con sus ilusiones, y lo que les pareció tierra de promisión ha resultado aduana donde pagar el caro tributo de la sangre. Muchos han vuelto desengañados, y han contado lo que vieron, con toda sinceridad. El relato de algunos constituye una formidable crítica de la retaguardia republicana, y su alegato será traído con frecuencia, por ofrecer más garantías de imparcialidad. Todos ellos están conformes en una cosa. A su llegada a la zona roja, encontraron los resortes del país en manos de extranjeros. Mandos, tropa de choque, que en realidad estaban formadas por el hampa internacional. Eso es lo que han visto y lo han contado.

Aténgase el lector a su testimonio.

Habla José Díaz, secretario general del partido comunista, en el pleno celebrado en Valencia el mes de noviembre de 1937.

«La importancia decisiva de la ayuda de la Unión Soviética es conocida por todo nuestro pueblo. Sin ayuda de la Unión Soviética nuestra República habría dejado de existir. Esto es cierto. La ayuda vino en el momento justo, permitiéndonos superar la hora crítica de nuestra lucha y resolver, con nuestros esfuerzos, los grandes problemas de la guerra.»

«España se ha visto asistida desde el comienzo de su lucha por la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Asistida, alentada y confortada. Nosotros queremos recordar aquí aquellos primeros meses de guerra, cuando comenzaba la farsa del Comité de No Intervención, en que el representante soviético Maisky defendía nuestros derechos. Nosotros queremos recordar también las múltiples intervenciones soviéticas en la Sociedad de las Naciones a través de la fina dialéctica de Máximo Litvinof. Nosotros queremos, en fin, recordar, siquiera sea someramente, la ayuda valiosísima que en TODAS LAS FORMAS nos ha prestado la Unión Soviética, a la hora en que tantas defecciones se producían ante nuestras demandas.»

(«La Vanguardia», de Barcelona. 6-11-38.)

«Aquel 6 de noviembre hubo un estímulo inesperado en las calles, que tenían ya la fisonomía de las grandes resoluciones. De repente, aparecieron unas brigadas de soldados disciplinados, uniformados, armados, con pelambres rubias y ojos de niño unos, con profundas sombras cetrinas otros, que cantaban himnos encendidos en lenguas extrañas.
Eran los internacionales.»

(«La Vanguardia», 6 de noviembre del 1938.)

F. G. Tinker, aviador norteamericano, prestó sus servicios al Gobierno rojo. Actuó en la aviación, hasta que la amarga realidad le hizo regresar a su país. Ha escrito un libro titulado, «Some Still Live» (Algunos sobreviven). Sugestivo e imparcial. En los siguientes párrafos, que al azar escogemos, queda, una vez más, demostrada cumplidamente la intervención de Rusia en la organización y funcionamiento de la aviación republicana.

... «En la oficina del Consulado General Español de

Nueva York se me sometió a un riguroso interrogatorio, se me mandó a un abogado norteamericano que trataba estos delicados asuntos por su cuenta y me desearon que tuviese suerte. El abogado me informó que debía embarcarme en el *Normandie* para el Havre, a las cuatro, la tarde siguiente. Cuando de nuevo me presenté en su oficina el día siguiente por la mañana, con mi equipaje, vi mi pasaporte español por vez primera. En él se informaba al mundo que yo era Francisco Gómez Trejo y que era natural de la ciudad de Oleiros, en la provincia de La Coruña. Empleé quince o veinte minutos en hacer práctica de escribir mi nueva firma, para evitar que distraídamente pudiese escribir la mía real en el despacho de la aduana.»

Después de narrar, con gran lujo de detalles, su paso por la frontera y su primer contacto con las autoridades rojas, nos refiere su impresión acerca de los instructores, que ya por aquella época (los primeros días del movimiento) desempeñaban su función.

«Nuestros dos instructores rusos eran muchachos robustos, muy colorados de rostro y muy eficientes. Además de nosotros, americanos, había diez o doce pilotos españoles, para asistir a la misma instrucción. Efectuábamos, por lo menos, dos vuelos al día, y estuve encantado cuando descubrí que mi avión se manejaba casi exactamente igual que el avión naval de combate F-4-13 que había sido el último avión de combate americano en el que yo había volado. En Guadalajara encontramos diez monoplanos de combate de fina apariencia. Eran casi copias exactas de nuestros aviones de combate de la Armada americana del tipo P-26. La única diferencia era que tenían el tren de aterrizaje ocultable, tenían líneas que ofrecían menos resistencia al aire y motores más potentes. Los pilotaban pilotos rusos experimentados. Aquella tarde fui-

mos inspeccionados por los jefes de aviación española y rusos a la vez.»

El autor transcribe el relato de otro aviador norteamericano, Dahl, que posteriormente fué hecho prisionero por las fuerzas nacionales. En él se refleja su sorpresa ante el encuentro con el jefe del sector.

«Fuí conducido, dice, a la Comandancia de la guarnición leal de allí, y faltó poco para caerme de espaldas cuando vi que el sector estaba mandado por una mujer, el capitán Dolores. Quienquiera que fuese, ciertamente que tenía a sus hombres totalmente dominados. Salían realmente disparados cuando les ordenaba algo.»

Viene a continuación este sabroso parrafito, donde se destaca la preferencia que se daba a los aviadores extranjeros:

«Whitey y yo ensayábamos instruir a «Chang», un español, en nuestro juego de monedas; pero era tan increíblemente torpe, que no quisimos jugar con él. Como ya antes he mencionado, él era sargento de las fuerzas regulares españolas y su sueldo era de 800 pesetas mensuales. Por otra parte, Whitey y yo, siendo gente contratada, percibíamos un sueldo aproximado de 18.000 pesetas mensuales. Comprendimos que no debíamos jugar con él en estas condiciones y, en especial, por el hecho de que todos los muchachos españoles, incluyendo a «Chang», estaban bajo la impresión de que sólo percibíamos la paga de segundos tenientes, o sea, alrededor de 1.500 pesetas cada mes.»

El aviador norteamericano nos presenta, a renglón seguido, a su jefe militar.

«Tan pronto como nos identificaron se nos condujo a la casa de los pilotos, que estaba próximamente a dos millas del campo. Allí encontramos al comandante en jefe, ruso, general Douglas, y a varios de nuestros

amigos rusos a los que habíamos encontrado en Alcalá... Al día siguiente se nos dijo que ningún piloto ni ruso ni americano, iba a hacer el viaje (a Santander). El Gobierno no quería exponerse a la eventualidad de que algún extranjero cayese en manos del enemigo por culpa de avería del motor. De modo que partieron todos los pilotos españoles y, hasta donde supimos, salieron para Santander al día siguiente.»

La política sagaz de renovar constantemente todo el personal de aviación queda suficientemente destacada en esta observación de Tinker.

«Por este tiempo (últimos de julio de 1937), todos los pilotos rusos habían sido relevados por otros nuevos que hablaban muy poco el español, de manera que ya no tenía con quién hablar, excepto con mi mecánico español y los dos técnicos rusos Gregorio y Smoothie. Incluso Goofy había sido substituído por un piloto ruso... Me imaginé que con todos los nuevos pilotos que estaban recibiendo podrían muy bien prescindir de mi asistencia. En Alcalá encontramos al comandante de aquella región, mi viejo amigo José, quien dijo que íbamos a ser trasladados a los monoplanos de caza, si podíamos volar en ellos. No hay que decir que estuvimos encantados. Hasta más tarde no nos dimos cuenta del gran honor que se nos concedía. Hasta entonces únicamente habían sido autorizados para volar en los «Alas cortas» en España los aviadores rusos, y nosotros, americanos, éramos los primeros no rusos que fuimos invitados a unirnos a una de sus escuadrillas. Terminamos nuestro viaje marchando al campo X para almorzar. Allí encontramos una escuadrilla de biplanos pilotados por rusos. Muchos de ellos eran nuevos pilotos, pero había dos o tres de los antiguos que nosotros habíamos conocido antes. Nos dieron la interesante información de que todos los antiguos pi-

lotos de monoplanos iban a ser relevados próximamente por otros pilotos nuevos.»

La disciplina que informaba la vida de los aviadores rojos, como se ve, dejaba bastante que desear.

«Estábamos sentados en el lado de la sombra de un largo edificio de adobe, cuando Goofy vino paseando con una mueca en la cara. Con nosotros estaba el comandante de nuestras diversas escuadrillas, que se puso en pie cuando Goofy llegó. Le hizo alguna pregunta en ruso, y Goofy cometió la falta de tratar de reirse de él. Entonces el comandante le dió una orden que le hizo ponerse en posición de firmes; juntó los tacones y se soltó en la fraseología militar rusa. Pronto pudimos observar que la explicación de Goofy no le resultaba bien porque la nube que se percibía en la cara del comandante continuaba oscureciéndose. A cada «sí» de su superior, Goofy disminuía un poco más, hasta que al final parecía ser tan sólo la mitad más grande de lo que había parecido al principio de la explicación.»

La descripción realista que el aviador norteamericano hace del «raid» sobre Huesca es una verdadera acusación contra la hipocresía del Gobierno rojo, que protesta ante el mundo por el bombardeo de nuestra aviación sobre objetivos militares.

«En esta ocasión, el último día de la ofensiva bombardeamos propiamente Huesca por primera y única vez. Este último bombardeo fué bastante intenso y duró largo rato. Fué el más completo que nunca he visto. Prácticamente cayeron bombas en todos los puntos de la ciudad. Cuando los aparatos de bombardeo se alejaron, todo lo que podía verse de Huesca era una inmensa nube negra de humo que se levantaba lentamente de la ciudad destrozada... Nuestra huída fué facilitada por las densas nubes de humo que

penetraban en nuestro territorio. Mi última visión me mostró a Huesca como una ciudad ardiendo y destruída, casi completamente escondida por una masa de humo negruzco.»

A continuación, el aviador norteamericano nos describe su traslado a un lugar de descanso, donde se le ha preparado un magnífico aposento.

«Nos instalamos en lo que había sido la casa de campo de un rico hombre de negocios de tendencias fascistas. Consistía en un hermoso edificio de tres pisos, rodeado de tierras muy bien cuidadas; el conjunto quedaba encerrado por una alta pared de piedra. Muy apropiadamente era llamada la «Villa Rusa»... El lugar estaba cuidado por un jardinero y su esposa y por unas seis «señoritas» (en español en el texto), bien parecidas. La principal obligación de Carmen, la esposa del doctor que tenía a su cargo la residencia, era la vigilancia de estas señoritas que trabajaban en la casa, arreglando las habitaciones, sirviendo las comidas, y, por otra parte, atendiendo a la comodidad de los huéspedes. Parecía que el Gobierno había reservado la «Villa Rusa» con el propósito de procurar un hogar para los pilotos extranjeros durante los días de reposo.»

«Nuestro programa habitual era el siguiente: nos levantábamos a las ocho y media o nueve; tomábamos el desayuno, y entonces íbamos a la playa a bañarnos. Después de esto y hasta la hora del almuerzo venía un rato a hacer el holgazán después de una ducha fría. Después del almuerzo, que tomábamos a las dos, podíamos ir a Alicante o irnos al pueblo del lugar. Lo usual, sin embargo, era hacer una siesta de dos o tres horas. Después de lo cual leíamos, escribíamos, jugábamos al croquet o al tennis. Después nos aseábamos y nos sentábamos a oír la radio o a hacer algún

juego. La comida de la noche tomaba usualmente la apariencia de un banquete, con toda clase de alimentos, vinos, licores. Después venía otra sesión de juego o de música. Sin embargo, los que se lo proponían podían aprovechar la luz de la luna, con tal de que fueran bastante persuasivos para convencer a alguna de las señoritas.»

«Aquella tarde trabé conocimiento con uno de mis compañeros de sala. Por poco me caí de la cama cuando descubrí que el ocupante de una cama situada frente a la mía era un americano, pero un auténtico americano. Era un indio de Oklahoma llamado Morrison. Y un par de camas más allá de él, había un negro de habla inglesa, de Jamaica. Esto hacía que por lo menos fuéramos tres los hombres que podíamos hablar inglés en aquella sala, de manera que en lo futuro empezó a parecerme un poco más claro. Morrison me contó varias de sus más interesantes experiencias, y me sugería que lo menos que el Gobierno podía hacer era permitir que los indios voluntarios pudiesen arrancar unas cuantas cabelleras de vez en cuando.»

Vuelve a hablarnos Tinker de sus camarádas los rusos.

«Muchos de los antiguos pilotos rusos habían sido reemplazados por otros que no eran tan buenos en el manejo de los aparatos. Dos de ellos capotaron cuando aterrizamos en un campo intermedio para avituallarnos de combustible. Uno de ellos, simplemente, rompió su tren de aterrizaje; pero el otro destrozó completamente su aparato. El resto de la escuadrilla se dirigió al campo que habíamos inspeccionado la tarde precedente. Cuando estábamos aterrizando, otro de los nuevos pilotos dió la vuelta de campana. Después, aquella tarde todavía, vino otro de Barajas y se dejó caer desde quince pies, destrozando

completamente su aparato. A la mañana siguiente, otro de los nuevos pilotos se aplastó en el campo, destrozando el aparato.»

A las fantásticas noticias de la Prensa roja, que habla de sangrientas riñas entre los combatientes en nuestra zona, oponemos el relato del americano.

«... también encontramos a dos oficiales de la Brigada Lincoln, el teniente Land y el capitán Dart, y los cinco decidimos divertirnos aquella noche. Fuimos a un establecimiento de bebidas y compramos cinco botellas de champagne y nos marchamos al comedor del Hotel Gran Vía. Allí tomamos otra comida con vino de mesa y luego nos dedicamos al champagne que había estado refrescándose en hielo. Todo habría ido bien si no hubiese sido por el hecho de que había cinco oficiales españoles de milicias en la mesa próxima con cinco señoritas muy bien parecidas, y decidimos intentar que las chicas vinieran a nuestra mesa. La lucha estalló cuando finalmente lo conseguimos. Después de cinco minutos de jaleo, uno de los oficiales de milicias trató de sacar su pistola. Nosotros, inmediatamente, empuñamos las nuestras y empezamos a disparar al techo (como en las buenas películas), con lo cual todos nuestros adversarios desaparecieron. Desgraciadamente también desaparecieron las cinco chicas.»

El buen Tinker se marcha por donde había venido, pero también a la despedida se encuentra con voluntarios extranjeros. Así nos lo dice en el capítulo final:

«Un nuevo piloto ruso fué enviado a sustituirme.»

«En el momento debido estaba en Barcelona tomando el tren de la tarde para Port-Bou en la frontera francoespañola. El tren estaba atestado, pero había varios heridos americanos y canadienses, de manera que, por fin, pude volver a hablar inglés. Cuando tomé el tren para París aquella tarde, conse-

guí encontrar un compartimiento con tres americanos y dos ingleses. Los americanos todos regresaban de la guerra española.»

Aquí termina la aventura de Tinker y su imparcial narración.

* * *

Del «carnet de un aviador».—«La guerra del aire en España», de H. Oloff de Wet. Publicado en «La Revue» de París, números correspondientes al 1 y al 15 de julio de 1938.

Nota explicativa: Las páginas que publicamos son debidas a un aviador inglés, H. Oloff de Wet, que ha combatido como voluntario en las filas del Ejército rojo de España. Piloto durante algún tiempo en la Royal Air Force, Oloff de Wet se había mostrado con una viva aversión a la disciplina y, después de un grave accidente de la aviación que le valió una larga permanencia en el hospital, había renunciado a su empleo. Sin embargo, es menester creer que había conservado inclinación por la aviación de guerra, puesto que, algunos meses más tarde, se hizo voluntario en el Ejército boliviano. Desgraciadamente, escribe él mismo, la guerra del Chaco cesó antes de que tuviera tiempo de llegar a América del Sur. En febrero de 1936, de Wet, que se había hecho aviador del Negus, estaba en Addis Abeba, residencia, según él, muy melancólica. No siempre se encuentra en las grandes aventuras el áspero encanto que de ellas se espera. M. de Wet había regresado a Inglaterra cuan-

do le llegó la noticia de la guerra de España. En seguida adoptó la resolución de ingresar en la aviación republicana y, algunos días más tarde, llegado a Madrid, empezó la redacción del carnet que a continuación puede leerse.

«... Si me fuese dado volverme a encontrar allí abajo, no sería la ciudad lo que yo buscaría, sino una casa, una sola, cerca del mercado, rodeada de montones de legumbres podridas, y su único ocupante... que Dios haya tenido piedad de su alma. Una hermosa mañana habían llamado a la puerta de esta pequeña casa en la que yo acababa de pasar la noche. Después de haber forzado la entrada hicieron irrupción y arrastraron al hombre al exterior, bajo los primeros rayos del sol de verano; lo colocaron de pie contra la pared, pintada de amarillo, de su casa, en la que había vivido toda su vida, y, rápidamente, sin más explicación, le metieron ocho pedazos de plomo bajo la piel. Por lo que parece estaba contra el Gobierno.

... Yo conseguí situarme en un tranvía; pero al llegar a mi destino no logré abrirme paso a través de la masa de viajeros amontonados al interior, en una atmósfera pestilente de un terrible olor a ajo, mientras que otros quedan pendientes en racimos alrededor del vehículo. Así he visto a tres hombres aplastados por un tranvía que venía en sentido contrario. Nadie parecía preocuparse de ello. La vida humana ya no importa más. El Ministerio del Aire no ha salido indemne de la epidemia de locura que reina y me solicita si también yo quiero ser alcanzado por ella. No tengo tal intención. Empiezo ya a detestar a esta muchedumbre de gente desastrada, sacudidos por la ilusión de la libertad conquistada, llenos de plebeya arrogancia. No estoy aquí más que desde hace dos días y no debería sentar un juicio definitivo; pero,

de momento, tales son mis sentimientos. Con el tiempo, mi animosidad tal vez desaparezca y el hábito me hará ignorar todos estos carteles proclamando una política por la cual tengo poca simpatía.

27 de septiembre. Gran emoción en las oficinas del mando. Los rebeldes han tomado Barajas. Avanzan rápidamente para liberar el Alcázar...

28 de septiembre. Toledo ha caído. El Alcázar está liberado. Todo el mundo lo cuchichea. Yo deseo que la noticia sea verdadera. Admiro inmensamente a los defensores de la heroica fortaleza. Muchos, entre los más encarnizados de los nuestros, piensan lo mismo.»

He aquí cómo describe Oloff de Wet su primer encuentro con los rusos:

«Me encontraba en los Alcázares desde hacía quince días cuando llegaron los rusos. Estaban en la mesa cuando los vi la primera vez, todos, los catorce, en el comedor del hotel; catorce rostros de madera; con pequeños ojos descansando sobre los pómulos; catorce hombres calmosos, reservados, enjugando con solemnidad sus dedos inocentes sobre el mantel primitivamente blanco; catorce «robots» recubiertos de carne, procedentes de la U. R. S. S...

En el aeródromo me esperaba un nuevo testimonio de la cooperación rusa: cuatro soberbios aviones de bombardeo, magníficos aparatos de motores acoplados. Por su aspecto afilado, los considero capaces de alcanzar una velocidad de 350 kilómetros por hora... Los rusos son los héroes del momento, los salvadores de la causa... La guerra parece ganada de antemano... Desde la llegada de los rusos, la discreción está a la orden del día; cada uno está considerado como un espía en potencia... Esta gente con cara de madera, educada en una atmósfera de traición, se imaginan que todos los hombres tienen instintos análogos a los

suyos. Aquí todo el mundo les odia, tal vez por envidia... Aquella noche comimos en silencio... Los rusos estaban abatidos. Les compadezco. Su fe, su Dios, acaba de sufrir una dura prueba. Convencidos de la justicia de su causa, se consideraban como invulnerables. Su ideal proletario debía protegerles. No se explican cómo las cinco sillas de su lado pueden estar vacías, como niños pequeños que no comprenden por qué sus padres no regresan.»

El aviador inglés intercala su relato con esta sabrosa observación:

«Saliendo del hotel voy a pasearme hasta una pequeña iglesia que está llena de bidones de gasolina y de piezas de avión. Una bandera roja está fijada en el lugar donde antes se encontraba una cruz. Es la única contribución de los aldeanos a la revolución...

Mientras me dirigía al aeródromo yo pensaba que en algún sitio cerca, en algún montón de despojos probablemente, debe encontrarse un crucifijo, que un día u otro reemplazará a este pedazo de tela deshilachada.»

Varias veces se ha acusado a las alas nacionalistas el bombardear barcos de nacionalidad extranjera. El relato que a continuación hace el aviador inglés prueba, precisamente, que los aviones rojos no se han cuidado... de examinar los objetivos donde descargaban sus bombas.

«Justamente debajo del extremo de mi ala izquierda percibo un correo de la Compañía peninsular que se dirige a Inglaterra. Me gustaría acercarme a él, pero no me atrevo puesto que no estoy solo. Evoco el incidente desagradable de hace tres días, cuando mi bombardero dejó caer dos bombas sobre un inofensivo barco de Dios sabe qué nacionalidad. Oigo el tic-tac de una ametralladora; no es un sueño. Doy la vuelta so-

bre mi asiento. Mi compañero está disparando en la dirección de dos siluetas alargadas: dos destructores que dejan un débil surco blanco sobre las aguas. El español se ríe ingenuamente como un muchacho; por suerte, su arma se encasquilla.

Tres días después de este raid nuestros rusos se declaran en huelga. Después de haber colocado sus prendas de cuero sobre los motores declararon al comandante que no las volverían a tomar hasta que les hubiesen proporcionado una alimentación que pudiesen comer. Citaré sus propias palabras: «Hemos venido a España para morir, pero no de hambre.»

«La ciudad (Albacete), desde hacía poco había sido transformada en depósito de la Brigada Internacional. Una vez por semana, o aún con más frecuencia, una columna compuesta de voluntarios franceses, checos, alemanes, italianos y alguna vez escoceses, salía para el frente, pocas veces para volver. Yo observaba los camiones ruidosos llenos de hombres y de muchachos desilusionados. La disciplina era extremadamente severa en la Brigada. Variaba un poco según la nacionalidad de la unidad. La pena capital era, en algunos casos, el castigo que se daba a la embriaguez; por lo demás, el pelotón de ejecución casi era el único método de corrección por insignificante que fuese la infracción cometida. La vida era allí un infierno, sí, un infierno; si yo me sirvo de esta palabra no es a título exclamativo, es a título descriptivo y es el único que conviene... La vida que estábamos obligados a llevar desafía a toda imaginación.

A veces, organizábamos luchas de gallos y de la manera más irregular, poniendo cuatro gallos a la vez en la arena. Obrábamos así para personificar a los cuatro grandes partidos políticos: la C. N. T., U. G. T., F. A. I. y los republicanos de izquierda.

Por supuesto que a algunos no les gustaba ver cómo nos divertían sus opiniones políticas, pero era necesario que lo soportasen.

En el aeródromo hacíamos lo que queríamos. Desde cierta ocasión en la que habíamos sido «honrados» con la visita de una delegación de uno de los numerosos Comités revolucionarios, venidos para hacer una encuesta acerca de la administración de nuestro comité, nosotros habíamos retirado sus fusiles mejicanos a nuestros centinelas y les habíamos dado, para apoyarse en él, un cañón antiaéreo Oerlikon. Este cañón apuntaba hacia la carretera que conducía al aeródromo. Los agentes políticos nos parecían bastante más peligrosos para nuestra seguridad que los aviadores enemigos. Nosotros, pilotos, estábamos favorecidos, pues ciertamente que éramos los únicos que podíamos mostrarnos desagradables para con los comisarios del pueblo. Poseíamos la ventaja de ser precisos para la Causa. No se podía prescindir de nosotros; era una suerte, pues los comisarios habrían colocado, con una evidente satisfacción, a alguno de nosotros de espaldas a la pared.»

Tampoco falta en la descripción del aviador inglés la nota sangrienta.

«Una sola detonación nos llegó de la calle... Yo evoqué todos estos pobres cadáveres de hombres y de mujeres que había visto a lo largo de las calles en los arrabales de Madrid. Los muertos, por lo menos aquellos que todavía conservan un rostro, pues la mayor parte habían sido muertos de un tiro en la nuca con una bala explosiva, tenían el aspecto sorprendido, desilusionado. Tuve, de repente, un deseo inmenso de estar lejos.»

Efectivamente, Oloff de Wet no descansa hasta conseguir sus propósitos. He aquí su despedida de la

España Roja: «La noche era obscura cuando me puse en camino, sombría como solo una noche española sabe serlo. El viento, cargado de lluvia, llegaba de los grandes espacios libres para gemir alrededor de las casas como un sér torturado por un inmenso dolor.

Yo tuve la sensación de que las almas de todas las víctimas de la revolución estaban allí fuera aquella noche.»

* * *

Vamos ahora a transcribir algunas páginas del libro escrito por otro voluntario rojo. Se trata de Peadar O'Donell, llegado de Irlanda y que nos cuenta sus impresiones en su libro «Salud—An Irishman in Spain» (Salud—Un irlandés en España).

Este libro, más que observaciones de sus combatientes, contiene notas de estudio de la situacion política y social de la zona roja. Entre otras, ofrecemos su impresión ante uno de los innumerables actos de vandalismo rojo. La destrucción e incendio de una iglesia, sin causa que pudiese justificarlo, como lo reconoce el mismo O'Donell, un tanto asombrado por el método extraño que seguían los republicanos para ganar la guerra y la revolución. Su descripción es bastante enrevesada, pero de un realismo insuperable.

«De improviso, una gran aglomeración de gente pudo verse entre los árboles, al final del paseo, enfrente del café. Nos acercamos a la muchedumbre y, entonces, sin necesidad de que nos informaran, supimos que iban a quemar la iglesia. De ella salía gente arrastrando muebles. Ni una palabra, ni un murmullo salía de la muchedumbre. Por todo flotaba una atmós-

fera de irrealidad; a la luz del día, el silencio, gentes de días laborables y, por encima de todo, barcas de pesca en la playa.

Mi mujer me cogió del brazo y retrocedimos apartándonos de la multitud. En aquel momento estaba muy impresionada. Ella había participado por completo en el entusiasmo del pueblo insurrecto, pero ahora la cosa llegaba a privarle de toda alegría. No podía ahora mirar, ni pensar en viajar en un camión con gente que hacía tales cosas. Y con un quejido de angustia: ¡Qué locos están! ¿No pueden ver que harán fracasar el movimiento, despistar a la gente? Contempla la multitud. La dejé a la puerta del hotel y regresé, dirigiéndome instintivamente hacia las barcas.

Un grupo de pescadores estaba, indiferente, entre ellas. Un viejo seguía recomponiendo una red.

En el saqueo de la iglesia no tomaron parte más allá de unas veinte personas. El primer sonido de la multitud lo movió la aparición de los ornamentos del Párroco lanzados al aire. Hubo un grito de aprobación, que salió, en su mayor parte, de garganta de mujer. Las imágenes caían, rompiéndose, en la playa. San Patricio levantó un rugido de la multitud porque su imagen fué a caer, cómodamente, sobre un montón de escombros; y luego hubo silencio cuando la Custodia se estrelló en un enlosado. Los asientos de la iglesia caían tirados por encima de la pared, mientras un hombre se paraba para llamar, colérico, a la multitud pidiendo ayuda, sin que nadie respondiera.

... El ataque a la iglesia no tenía posible justificación, y el pueblo estaba en nuestras manos, de manera que era imposible considerar que la iglesia fuera empleada como reducto fascista; y aunque así fuera, esta forma de ataque no era el adecuado para un puesto que continuara siendo militar...

Una rabia sorda, que iba en aumento, fué mi principal reacción, aunque no estaba completamente seguro de si el ardor que recobraba mi mal humor se debía a la indignación contra la oscura bajeza de lo que estaba sucediendo o a la alarma por la desorientación que semejantes ultrajes pudieran ocasionar entre las masas católicas que son sinceramente antifascistas.

Mi esposa regresó y nos dirigimos hacia la Casa del Pueblo (Worker Hall) para hablar a los miembros del Comité y aun tildarles de una cobardía que era traición a la causa de los trabajadores.

Hallamos una considerable confusión en el seno del mismo Comité. El ataque a la iglesia era justificado enérgicamente por un trabajador clerical—un abogado, me dijeron—, quien tenía que luchar contra un clamor formidable. Su posición parece que principalmente descansaba en el pretexto de que si la iglesia permanecía abierta para el servicio religioso, los fascistas tomarían ventajas de esta apariencia para reunirse y conspirar, y, además, era el mismo pueblo el que quería su destrucción.

Un gran griterío reinaba en la sala, mostrándose en particular vehemente una mujer. «La iglesia no va a ser quemada», gritó el orador subiéndose a una silla. «La iglesia no va a ser quemada». Yo pensé que eso todavía hacía más bajo a todo aquel conjunto. Un antagonismo frenético acerca del papel del Párroco en la política local, que lanzara al pueblo a saquear la iglesia, como podrían asaltar un reducto fascista, habría estado redimido, por lo menos en su bajeza, por su pasión y la honestidad emocional. Pero este acto de frío resentimiento de unos pocos, defendido de manera deshonesta con falsos argumentos, era un feo negocio. Una cosa, por lo menos, estaba en

claro: el dirigente (leader) del pueblo era extremadamente primitivo. ¿Podría ser que la lucha, en general, no fuera mejor servida? Los bajos fondos irían a dirigir el país y había poca razón para confiar que eso no fuera una buena muestra de la vida rural. ¿No habría grupos de trabajadores para velar por la cordura de los pueblos con un grito de advertencia?

¿Qué hacían Madrid y Barcelona para remediar esta flaqueza?

Una serie de coches iban pasando. Un altavoz olvidado trompeteaba de manera ensordecedora. «Locura, locura», murmuró «The Scot», y continuó marchando, como una salpicadura de brillo molesto en el remolino de la multitud. Uno no podía retener una exclamación. Lo que yo ahora deseaba más que otra cosa era poder hablar con alguno de los que tomaban parte en la destrucción de la iglesia. Los niños tenían una buena diversión alrededor de la hoguera, hecha principalmente de confesonarios. La tensión iba decreciendo y la multitud se iba dispersando en grupos de habladores. Nosotros subimos las escaleras y entramos en la iglesia, en la que todavía continuaba aquel trabajo. La primera persona que encontramos fué un joven inglés, pavoneándose por allí con un traje de altar sobre sus espaldas. Se quedó perplejo cuando nos encontró, y trató de decir que se habían hallado municiones en uno de los confesonarios; en este caso, por lo menos, no había ni sombra de verdad en la historia.

Tuvimos una conversación completamente amistosa, porque ya no estaba yo dominado por mi reacción, sino que iba probando, indagando. Este era un vigoroso conservador en política, que se alegraba inmensamente y con absoluta franqueza de hechos que aminorarían el poder de la Iglesia en España. Era un

pequeño y robusto y santurrón, de la típica opinión protestante que yo encontré en España, y hay un toque del mismo protestantismo militante en el Movimiento Comunista de Inglaterra.

El altar mayor estaba todavía indemne. Pregunté al joven inglés por qué no lo habían atentado, y él me señaló a un grueso ciudadano de mediana edad con un fusil, que parecía tener alguna autoridad sobre los destrozadores. Se habían llevado los confesonarios, los bancos y sillas eran lanzados afuera y esparcidos por allí pedazos de ornamentos. El órgano había sido roto. Apenas menos intrigante que el atentado en sí, era esta manera medio consciente de realizarlo. Un grupo de muchachos entró pidiendo más material para su fogata; su interés de lo que ocurría no iba más allá de esto. El capitoste dió su consentimiento y ellos mismos lo procuraron lo mejor que pudieron.

Llegamos a hablar con el hombre del fusil y quedamos sorprendidos de encontrarle muy entusiasmado con lo que estaba haciendo; su jactancia, efectivamente, consistía en que él era el que condujo a la multitud que forzó la entrada. Estaba lleno de resentimientos contra los curas. Un cura fué la causa de su largo encarcelamiento y por igual conducto había sufrido su padre una suerte parecida. Uno notaba que el asalto a la iglesia era simplemente lo más próximo a un atentado contra el mismo cura. Era una riña personal, y si el cura no estaba a mano y entonces salía perjudicada la casa del sacerdote, ya era esto alguna cosa...»

* * *

El belga Nick Gillain es el prototipo del verdadero combatiente internacional. Llegó a España para combatir al fascismo; no se recata en proclamarlo a los cuatro vientos. Pero después de una larga estancia y de haber intervenido en numerosos combates, consiguió, al fin, abandonar el que había creído paraíso terrenal.

Como todos, también él se creyó en el deber de comunicarnos sus impresiones, y lo ha hecho, deliciosamente por cierto, en un libro de gran interés titulado «El Mercenario».

Nos refiere, en primer lugar, el infantil e innecesario truco para entrar en la España marxista, por la ancha puerta de la No Intervención.

Su llegada a Madrid con los demás internacionales; su vida en el frente; sus observaciones sobre la vida de los combatientes, que demuestran, una vez más, el grado de «internacionalización marxista» al que ha llegado un Gobierno hipócrita que se atreve a hablar de una guerra por la independencia de España.

Veamos de qué manera tan sencilla pasó a España el buen Gillain.

«En la madrugada del día siguiente pasé la frontera sin dificultad. En Lille, el cónsul de España me recibió muy amablemente, pero me informó que en nada podía ayudarme. Mientras me acompañaba hasta la puerta, empero, me susurró: «Vaya Vd. a la Casa de los Sindicatos.»

La Casa de los Sindicatos de Lille, situada en un antiguo convento, hallábase en este tiempo de huelgas animada como un cuartel general en un día de batalla. El camarada Dumourin me envió a ver al camarada Burneton. «¡Quiero ir a España!» Un breve interrogatorio y heme ahí viajando hacia París con un grupo de unos veinte voluntarios. No tuve tiempo de ir a darle las gracias al Cónsul.

En París fuí a otra Casa de los Sindicatos, un poco mayor ésta, y situada en la Avenida de Mathurin Moreau. Había en un patio fangoso voluntarios que unían sus aclamaciones al Frente Popular y a España, mientras cantaban «La Carmañola», que acompañaban con numerosos improperios hacia los burgueses. Un servicio de orden funcionaba en la puerta, igual que en las recepciones de la Academia Francesa. Pero los guardias de servicio mostrábanse reservados. Esos respetaban al pie de la letra las reglas de no intervención.

Al atardecer marchamos hacia Perpiñán. Eramos 500, igual que los que narra el Cid, y entre nosotros había muchos parados extranjeros. El viaje se hizo sin incidentes. Mientras todos estos hombres exaltados se precipitaban gritando hacia su destino, se veía a través de los cristales del vagón la luna, que parecía correr sobre la hilera de árboles que bordeaban la carretera cercana. Medio hundido en la noche, adivinábase el paisaje que expresaba la dulzura de la tierra francesa. El Loire brillante como una cinta de plata.

En Perpiñán nos dieron documentos de identidad personal debidamente sellados; nos habían disfrazado con nombres españoles. «Si alguien te pregunta por qué no sabes hablar español contestarás que te marchaste cuando eras muy chico.» Inútil precaución. Nadie nos preguntó nada y los autocares que nos conducían pararon apenas un momento en la frontera, internándose en España sin más formalidades que las que podrían exigirse al atravesar el Principado de Mónaco.»

A su llegada a Albacete, cuartel general de las Brigadas Internacionales, comprueba, no sin cierto asombro, que los voluntarios procedían de los más insospechados países.

«El escuadrón de caballería en formación en Albacete era, por aquel entonces, internacional, igual que las demás unidades. Su capitán, Alocca, era italiano; el comisario político, Huart, era francés. Los simples voluntarios eran originarios de todos los países de Europa. Había, incluso, un mongol ruso y un canadiense francés.

Toda esta Babel se portaba bastante bien, unidos todos en el mismo deseo de no hacer nada. Cuando era preciso ir a la instrucción, era labor sobrehumana reunir todos los hombres sin pasar lista. Era completamente imposible contar con más del 50 %. Esta lamentable situación se debía a dos causas: primera, que no teníamos ni caballos ni armas, lo que hacía que nadie tomase en serio las maniobras en las cuales todo era supuesto: el enemigo, nuestras monturas, nuestros fusiles...; segunda, la dejadez de nuestro servicio de aprovisionamiento era inconcebible. A diario los hombres conducidos ante los comedores de la célebre plaza de toros, hacia las 11-45, no tomaban su comida hasta las cuatro de la tarde...; era obligado que, cansados de esperar, la mayor parte de los soldados se marchasen para ir a comer a la ciudad.

Me acuerdo de un día de paga en que volví solo al cuartel, ya que todo mi pelotón se había volatilizado.»

Una aguda observación de los defectos del funcionamiento de las brigadas:

«Nuestro ejército político estaba fundado sobre dos ideas directrices: una, de que la disciplina estaba libremente consentida, y otra, que los jefes militares se doblaban en todas las escalas de la jerarquía por los comisarios políticos, y que sus actos estaban controlados en las reuniones políticas. Todo ello, claro está, en teoría. Los promotores vieron claramente desde un principio que era imposible crear una fuerza arma-

da sobre unas bases de tal inestabilidad. Mas, para el simple voluntario, esos dogmas eran inefables, y en las reuniones monstruas que los promotores de las Brigadas organizaban para ellos, no se olvidaban nunca de mostrar la belleza de un ejército en el cual los soldados pudiesen decir a un oficial que no lo querían porque era mal camarada. Como si un oficial, digno de este nombre, pudiese ser *verdadero* camarada de un verdadero soldado.

Este vicio de hipocresía era el mal que gangrenaba todo el organismo. Una mañana el diputado Marty vino a decir a mis soldados que un ejército nuevo necesitaba oficiales nuevos, y que los oficiales que no supiesen adaptarse a este régimen serían apartados. Aquella misma noche, en la reunión de oficiales, pronunció ante éstos un discurso prometiendo destituir a los que de buen grado o a la fuerza no supiesen imponer la disciplina.»

La ayuda del marxismo internacional se destaca claramente por la composición de la Brigada de Gallain.

«La Brigada Internacional fué formada un poco antes de Navidad y constaba de cuatro batallones con cerca de 700 hombres cada uno. Se la dotó de una batería del 115, modelo Vickers, de medio escuadrón de caballería, de dos pelotones y de intendencia.

El comandante de la Brigada era un antiguo profesor de la Academia Militar de Moscú, el general Walter; su comisario político, el camarada H. Heusler, un miembro del Partido Comunista de París; el jefe del Estado Mayor, un italiano originario de Trieste, el comandante Morandi. La batería estaba mandada por el capitán Agar, un francés. El jefe del medio escuadrón era de la misma nacionalidad y le llamaban Dallier.

Esta Brigada, verdaderamente internacional por sus efectivos, lo era asímismo por su equipo y armamento. Los fusiles eran austríacos; los fusiles ametralladoras, franceses; las ametralladoras, americanas. Llevábamos uniformes del Ejército francés y zapatos de fabricación rusa.

A principios de 1937, mientras el frente se estabilizaba a las puertas de Madrid, la ciudad vivía una vida tumultuosa. En la Puerta del Sol los cafés hallábanse abarrotados de milicianos. Muchachos de piel oscura, ojos brillantes, parlanchines y mal vestidos. Por cualquier tontería veíanse relampaguear cuchillos y las armas automáticas crepitaban secamente. Se oía todavía el canto nostálgico de una guitarra, la queja de un andaluz, coreada de olés, y el murmullo de las conversaciones que llegaban a un diapasón ensordecedor.

Para que quedase bien demostrado que los milicianos de un ejército revolucionario no deben ser confundidos con los de un ejército regular, los gubernamentales mostrábanse en los lugares públicos, descamisados, llevando en el gorro, en sus solapas o en las mangas las numerosas insignias de los partidos. Y los «dinamiteros», los verdaderos, y los que querían hacerse pasar por tales, llevaban como vendas largas tiras de mecha.»

Nick Gillain describe a continuación una tumultuosa manifestación antimilitarista. Aplacada brutalmente, hacen su entrada triunfal en la capital de España las hordas llegadas de todos los países. La descripción no puede ser más gráfica.

«Apaciguada esta nueva manifestación del antimilitarismo, conseguí hacer mi entrada en Madrid, con mi tropa correctamente formada y uniformemente vestidos y armados. A nuestro paso un gentío enorme nos aclamaba. Oíase «La Internacional», surgida espon-

táneamente, y, mientras los caballos franqueaban un verdadero mar humano, oyóse resonar el grito de viva Rusia.

La equivocación nos pareció, en un principio, divertida. Había entre nosotros dos o tres rusos, rusos blancos por otra parte. A la larga esos gritos de viva Rusia acabaron por calentar los cascos de mi gente: «¿Pero es que tenemos aire de ser rusos?»«Somos franceses, belgas, polacos.» Todo era en vano. Para la muchedumbre nosotros éramos una «sotnia» de cosacos, enviada por Moscú en ayuda del Madrid rojo.»

La vida de los internacionales en el frente: salvajismo, podredumbre y bestialidad desatadas... A veces humanos detalles que no aciertan a iluminar el fondo del cuadro. El combatiente internacional, que es Gillain, introduce su escalpelo en sus compañeros, y he aquí cómo aparecen en un retrato de gran fuerza psicológica:

«En el frente del Jarama teníamos una manía: la de los regalos. La Brigada ofrecía una pitillera de oro de 25.000 pesetas a su antiguo comandante el general Walter, y, al nuevo, el coronel Putz, un reloj del mismo metal. El escuadrón, por su parte, les regaló una montura de oficial y en la misma ocasión yo también recibí una.

Cuando se piensa que la mayoría de los internacionales no habían sido sino pobres desgraciados, había algo emocionante en la manera ingenua como se despojaban de todo a la menor ocasión. Tuve que poner coto a todas las cuestaciones, políticas o no, porque algunos de ellos, animados por el delirio de dar, acababan por cubrirse de deudas que después no podían pagar. Mis soldados estaban muy lejos de ser unos ángeles; había incluso entre ellos dos antiguos presidiarios y un cincuenta por ciento eran viejos clientes

de las cárceles. Pero, en el fondo, no eran malos... en ayunas. Desgraciadamente, cuando estaban bebidos se transformaban en bestias imposibles de dominar de otra forma que por la fuerza.

Muchas veces había querido penetrar en el misterio de su psicología. Hoy, como entonces, creo que en su mayoría eran iluminados al estilo ruso místico, sin saberlo. Me explicaré: el 85 % de los internacionales creían colaborar a la regeneración del género humano, considerando que formaban parte de una sociedad podrida. Sabíanse gangrenados por los vicios, enfangados en hábitos repugnantes, y, no obstante, se sentían felices de trabajar por la felicidad del mundo entero.

En pequeño, su mentalidad era un poco la de Rasputin, de siniestra memoria; pero pretender que se habían enrolado únicamente con ese fin, sería absurdo. Sus móviles humanos eran más complejos. Había entre ellos cantidad de vagabundos, felices de comer todos los días; hombres perseguidos por la Justicia, cuya única preocupación era poner una frontera entre ellos y la Justicia que los buscaba; otros, vanidosos, a quienes gustaba exhibirse en uniforme, y muchos ambiciosos en busca de una carrera bien remunerada.

Es cierto que esta Torre de Babel que formaban las Brigadas no habría tenido la aprobación de los moralistas; pero ¡cuánto hubiera encantado al novelista en busca de lo novelesco! Era un mundo lleno de movimiento, de fuerza, animado de súbitas cóleras, y que de pronto, de una manera invariable, se enternecía.

No he asistido a ninguna reunión política sin ver levantarse a hombres que emprendían la defensa de los que eran atacados.»

Traducimos a continuación el capítulo más interesante del libro. Rusos e internacionales. No necesita comentario alguno.

«El Hotel Bristol era, en Madrid, un Hotel como los demás, ni más ni menos lujoso, con la particularidad de que no recibía los clientes de paso; ya estaba reservado para los rusos que servían en el Ejército republicano español.

Fuí conducido allí por un oficial tanquista que recogí en mi automóvil a unos treinta kilómetros de la ciudad. Era tarde, cerca de las diez de la noche. Yo tenía necesidad de descanso; estuve encantado de aceptar la hospitalidad que me ofrecía el compañero. En la entrada del Hotel, unos cuantos guardias de Asalto me dejaron pasar sin pedirme nada. En el hall, el tanquista fué a buscar al presidente de la Mesa de oficiales, a quien me presentó. Era un ruso cien por cien, alto, macizo y con rostro de pómulos salientes y ojos grises que miraban fijamente de un modo desagradable. Llevaba el cráneo completamente afeitado.

Me habló con fría cortesía y me invitó a ir al Hotel Bristol, Club de los combatientes rusos, tan a menudo como yo quisiera. Luego, después de estrecharme la mano, se marchó a un salón contiguo, donde había unos veinte oficiales jugando al ajedrez o leyendo los periódicos. Siguiendo a mi cicerone, me dirigí hacia el comedor, donde me sirvieron una excelente cena, con vodka y numerosos entremeses. Todo de origen ruso, por supuesto.

Después de la comida mi anfitrión me ofreció un cigarrillo y tuvimos un momento de charla, sin que, por mi parte, pudiese librarme del temor de hablar demasiado... El ruso había empezado la conversación en una forma que era un interrogatorio. «¿A qué es debido que conozca Vd. el ruso? ¿Cuándo ha vivido usted

en Rusia? ¿Cuando se marchó Vd.? ¿Quién es Vd.? ¿En qué se ocupa Vd.? ¿Quién es su padre?», etc. A esta manera inquisitorial no le bastaban vanas respuestas. Me libré de ello como pude y bajo pretexto de buscar una habitación en la ciudad me despedí de mi huésped, prometiéndole volver de cuando en cuando.

Durante mi estancia en el frente de Madrid no volví al Hotel más que cuatro o cinco veces. La atmósfera que allí reinaba me parecía irrespirable. Aquellos rusos no se parecían en nada a los que yo había conocido en mi juventud o durante la emigración. Eran hombres duros, secos, que hablaban poco. Interrogaban mucho, pero no se descubrían nunca. No me acuerdo que jamás haya oído discusión política entre los rusos ni aun un comentario sobre los acontecimientos que sucedían en la U. R. S. S. Sin embargo, algunos de entre ellos hablaban a veces de una manera indirecta.

¿Ha leído Vd. el artículo de Stalin en la «Pravda»? ¿El discurso de Molotov?¿El de Kalinine? Las respuestas eran siempre por monosílabos. Un psicólogo mejor que yo habría quizás interpretado el oculto sentido de esas palabras; pero yo he querido siempre ser testimonio imparcial del drama español; tal como yo lo vi, no puedo aventurarme a ningún comentario.

Cesé de frecuentar el Hotel Bristol como consecuencia de un incidente en el que tomó parte el general Walter y nuestro comandante de Brigada el coronel Dumont.

Un día en que este último, acompañado de su jefe de Estado Mayor, el comandante Quimpel, se dirigía al Hotel, el presidente de la Mesa de oficiales le prohibió el paso. Nada me concernía en aquel asunto, pero creí mi deber cesar de frecuentar una gente que había tenido el gesto tan poco elegante hacia un superior

jerárquico. Si les conocí poco en su esfera, tampoco les frecuentré mucho en la zona de fuego. De cuando en cuando veíamos algunos personajes de uniforme, sin ninguna insignia de graduación, que venían a inspeccionarlo todo, a observarlo todo, que hablaban entre ellos, y luego se marchaban sin tan solo despedirse de nuestro jefe. A veces, al cabo de unos días, recibíamos una nota—siempre de censura—, que era el resultado de esta inspección. Estas maneras poco corteses y esta superior manera de considerarnos como simples organismos ejecutivos, estaba en contradicción total con la teoría bolchevique que, si se quiere aplicarla al pie de la letra, exigiría que antes de su ejecución el comandante hiciese explicar el sentido de las operaciones, hasta el menor detalle, a todos sus subordinados. Aquel proceder tenía la virtud de exasperar a nuestros ardientes comunistas.

¿Por qué los internacionales detestaban a los rusos? Es cierto que escuchábamos numerosos discursos sobre el paraíso terrestre, que actualmente se halla situado en Rusia, y cuyo jefe idolatrado era Stalin; pero todo eso era vago, nebuloso, sin consistencia, mientras que la «verdadera verdad», como dicen los niños, era que todos los jefes y todos los especialistas rusos que conocíamos eran odiados en bloque sin excepción.

Si los internacionales hubiesen sido más duchos políticamente, habrían comprendido que, hasta cierto punto, los dirigentes soviéticos tenían razón de no arriesgar una conflagración europea enviando divisiones a España. Pero la mayor parte no eran más que pobres desgraciados que encontraban absurdo hacerse agujerear la piel por otros que, precisamente, disfrutaban del paraíso terrenal.

Sin embargo, la verdadera explicación jamás les fué dada. No se les expuso que la causa que defendían no era la de la U. R. S. S., sino la de la II Internacional; que en todos los sitios donde hay comunistas hay defensores del comunismo; que en España se halla un general Walter que era de origen polaco, un coronel Dumont, francés; un general Gallo, italiano; un Bastien, belga; un Luckasz, húngaro, y todavía otros. Había, por fin, 80.000 comunistas españoles que pensaban y obraban como si fuesen rusos.

Nada se les había dicho de tal cosa; pero, sabiendo que estaban condenados a morir por otros, como en una forma de representación, los voluntarios franceses se sentían medianamente orgullosos del honor que les era dispensado.

No hablaré gran cosa de las relaciones entre los rusos y los españoles: experimentaron numerosas fluctuaciones siguiendo el ritmo de los acontecimientos de la política internacional; pero en conciencia yo creo que el pueblo, en su mayoría, no los apreciaba.

Las relaciones entre los internacionales y los españoles, excelentes al principio, fueron más tarde de una gran tirantez. Después de haberse codeado en el frente durante seis meses, los oficiales superiores españoles (jefes) estaban a matar.

Entre los oficiales superiores españoles, el coronel Rojo, el comandante Briones, el teniente coronel Burillo, tenían fama de odiarnos. El primero, como jefe de Estado Mayor del general Miaja, no entraba, por razón de sus funciones, en relación directa con nosotros. No es que crea que nos haya mandado entrar en fuego con más frecuencia de lo que nos correspondía. Pero el segundo jefe del Servicio de Organización del Ejército del Centro nos hizo toda clase de malas jugadas. En descargo suyo debo de hacer cons-

tar que, si efectivamente había recibido la misión de organizarnos, era digno de lástima.

Al principio, todas las Brigadas fueron internacionales. Después la once fué de origen alemán, la doce italiana, la trece eslava, la catorce francesa, la quince inglesa.

Mientras estuvimos mezclados reinó la cordialidad. Por mi parte, jamás oí que un francés reclamara porque estuviera mandado por un alemán o viceversa. Pero después de la reorganización hubo numerosos rozamientos que, sobre todo, provenían del hecho de que los armamentos estaban distribuídos con una gran parcialidad. Ejemplo: la once Brigada tenía un efectivo de cuatro mil quinientos hombres. Su dotación en armas automáticas fué, aproximadamente, de unas ciento cincuenta piezas. En la misma época, la catorce Brigada, con efectivos militares similares, no llegaba a tener treinta.

Si, individualmente, los hombres se entendían bien, nosotros, los franco-belgas, teníamos motivos sobrados de queja. Por necesidades de propaganda el Alto Mando disminuía la importancia de los efectivos de los franceses para aumentar los de los italianos. Y podría citar otros ejemplos. Los franceses y los belgas se avinieron siempre bien. Fué preciso una orden expresa del Partido Comunista Belga para que se formara un batallón especialmente belga, cuando éstos no querían ni oír hablar de ello. Sin embargo, se acabó por reunirlos, y un tal Debock emprendió la tarea difícil de hacer que volvieran de su acuerdo. Cuando, por todo resultado, parecía que los asistentes iban a dispersarse, el capitán Bastien les dirigió un largo discurso sobre la necesidad de formar una unidad belga que tuviera por misión reivindicar su parte de gloria en la lucha...

Estas grandes frases no llegaron a deshelar a la gente. Hastiado, al fin, Bastien recurrió a otro argumento. Les prometió cigarrillos y una esmerada cocina con frituras todos los días. Este último argumento pareció el más decisivo. La peroración fué delirantemente aclamada por todos los belgas. Puede juzgarse por qué medios infantiles era menester conducir estos muchachotes de las Internacionales: no he querido exagerar la importancia de las faltas de avenencia que surgían en el frente entre combatientes de nacionalidades diversas. Pero, en la retaguardia, en Albacete, por ejemplo, hubo la época húngara: todos los jefes eran de esta nacionalidad; después hubo la alemana, la búlgara, la polaca, etc... Pero la francesa, jamás.

Podríamos multiplicar indefinidamente las citas y testimonios de los combatientes internacionales. Pero ello sobrepasaría los límites de un folleto.

Sin embargo, no queremos darle fin sin dar a conocer antes una prueba más de esa intervención roja, que acudió a los campos de España bastante tiempo antes de lo que generalmente se cree.

Se ha creído generalmente que el comienzo de la ayuda del marxismo internacional al Gobierno rojo data de los primeros días de noviembre de 1936. Es inexacto.

Si bien, en esa fecha, se inició la ayuda descarada y cuantiosa, por la intervención de las Brigadas Internacionales, conviene destacar que ya en los primeros días luchaban al lado de los marxistas españoles gran número de voluntarios de todos los países, como lo declaró públicamente J. G. Gorkim, del P. O. U. M.,

en el discurso pronunciado en el Gran Price de Barcelona el día 6 de septiembre de 1936. He aquí sus palabras:

«Afortunadamente, de la misma manera que existe el proletariado español y que el proletariado español ha salvado la situación en España, existe también un proletariado internacional que, por encima de los hombres hoy responsables de las diversas Internacionales, sabe cumplir en estos momentos con su deber de solidaridad para con el proletariado español.

Camaradas: el proletariado de Francia, los antifascistas de Italia y Alemania, el proletariado de Inglaterra, no permanecen neutrales en esta guerra civil a muerte que hemos entablado en España. En Francia y en Inglaterra se recoge dinero para mantener la lucha entablada. Se nos mandan productos farmacéuticos para curar a nuestros heridos, y diariamente, cuando hay una manifestación en París o en otro centro de Francia, cada vez que se les habla a los proletarios de solidaridad con respecto a España, contestan: «Aviones y municiones para España; aviones y municiones para España...»

Y diariamente nos llegan aquí camaradas de los diversos países que vienen a pedir un fusil y a ofrecernos su vida. En el frente de batalla de Aragón se encuentran, en estos momentos, combatiendo codo con codo con nuestros milicianos, trabajadores de los diversos países. Esta madrugada, hacia las tres y media, nos han traído de la línea de fuego de Huesca el cadáver de un camarada francés, que, con las armas en la mano, ha sabido caer defendiendo la revolución española. Yo os pido un saludo de homenaje a todos los camaradas caídos en la lucha contra el fascismo, tanto españoles como de los demás países.»

ESTE LIBRO FUÉ IMPRESO EN BILBAO
EN LOS TALLERES TIPO-LITO-
GRÁFICOS DE D. JOSÉ A. DE
LERCHUNDI, EN EL MES DE
ENERO DE 1939 DEL
III AÑO TRIUNFAL DE
ESPAÑA Y DEL NA-
CIONAL-SINDI-
CALISMO.

EDITORA NACIONAL
BILBAO